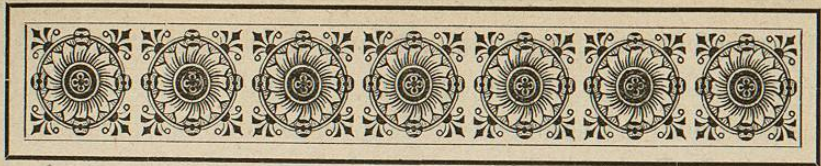


DE LA HUMILDAD



DE LA HUMILDAD

LA humildad es una de las virtudes más simpáticas, quizá la más simpática á nuestro corazón, y cuando la vemos resplandecer en la conducta de nuestros semejantes, nos sentimos inclinados á venerarla. ¡Qué bienestar se experimenta hablando con una persona humilde! ¡Qué confianza inspira y cómo seduce y cautiva y rinde aún los corazones más altivos!... Por el contrario, entre todos los vicios, el que menos podemos sufrir es la soberbia. ¡Qué aversión, qué repugnancia sentimos hacia el hombre en cuyos actos ó palabras se trasluce este abominable vicio!... En esto todos convenimos. Pues bien: ¿cómo es que al tratarse de poner en práctica esta misma virtud de la humildad, que tanto admiramos en los demás, nos contradecemos lastimosamente, pues lejos de practicarla, procuramos evitar todo lo que pueda menoscabar nuestro amor propio? ¿Quién explica esto?, ¿á qué causa, á qué motivo, á qué razón deberemos achacar esta inconsecuencia?... Yo la atribuyo á la falta

de conocimiento propio; la atribuyo á la repugnancia casi insuperable que sentimos cuando se trata de llamar á juicio á las pasiones para someterlas á las leyes inmutables de la razón y de la fe. Personas hay—y son la mayoría—que bajan al sepulcro no sólo sin haberse conocido, sino también sin haberlo intentado siquiera. No, no quieren examinar su corazón, porque presumen que han de hallar en él muchas miserias, y esto las disgusta sobremanera; y no obstante, sin este conocimiento jamás llegaremos á ser verdaderamente humildes, *y si no somos humildes*, en algún grado siquiera, *no entraremos en el reino de los cielos*, ha dicho Jesucristo (1). Luego debemos procurar conocernos por medio del estudio detenido de nuestro corazón, hasta que logremos descubrir, entre la corrupción de nuestras miserias y pecados, ese riquísimo tesoro, esa preciosa é inestimable margarita de la humildad, como dice San Jerónimo.

Veamos qué medios hemos de emplear para adquirirla, ayudando Dios.

La humildad, dice San Bernardo (2), «es una virtud con la cual el hombre, considerando sus defectos y miserias, se desprecia á sí mismo y desea ser tenido de los demás en baja reputación». Ahora bien: para llegar á creernos dignos de todo desprecio y deshonor, el medio único y necesario es el propio conocimiento. ¿Y cómo podremos lograr este conocimiento? Pues lo adquiriremos separando, por medio de la consideración, lo bueno de lo malo, *lo precioso de lo vil* (3), esto es, lo que tenemos de Dios, de lo que tenemos nuestro. Y si no procuramos adquirir este conocimiento, aun cuando

(1) Matth., XVIII, 3; Job, XXII, 29. (3) Jerem., XV, 19.
(2) De XII grad. humil.

por otra parte conociéramos todos los secretos de la naturaleza y todos los misterios de la gracia y todas las maravillas del mundo, si toda esta ciencia no estribaba en el propio conocimiento, seríamos semejantes, dice San Bernardo, á los que edifican sin cimientos, porque todas las ciencias sin esta ciencia, todos los conocimientos sin este conocimiento hinchan y envanecen, como escribe San Pablo (1), y añade: *Si alguno piensa saber algo y no sabe esto, todavía no ha entendido de qué manera le conviene saber*.

Qué fuimos. Siguiendo, pues, el consejo del profeta Jeremías, que consiste, como hemos dicho, en separar lo que hemos recibido de la bondad de Dios, de lo que podemos llamar nuestro, para que cada cual quede con lo suyo, vamos á entrar en cuentas con nuestro ciego amor propio, para que cese de engañarnos y no nos precipite en el abismo de la soberbia. En primer lugar, ¿qué éramos cien años atrás? (2). No existíamos: existía el firmamento, esa inmensa bóveda celeste que admiramos sembrada de planetas y de estrellas; existía el globo terráqueo, esta enorme esfera que habitamos, poblada de seres de diversas especies; y el mar con sus contrastes de bonanzas y tormentas; y el aire bienhechor que alienta y conserva nuestra vida, y toda la maravillosa creación que hoy contemplamos extasiados. Todo esto existía sin que nadie pensara en nosotros, porque aún no habíamos nacido; ni teníamos cuerpo, ni alma, ni sentidos, ni facultades, ni siquiera derecho ni mérito alguno para existir algún día: éramos menos que una hormiga, menos que un grano de arena; en una palabra, nada éramos. Esto es lo que todos andamos diciendo á cada paso: «que somos nada». No sé si entendemos lo que decimos. Pero si nada somos y

(1) I. Corinth., VIII, 2; Sapient., XIII, 1. (2) Job, XXXVIII, 4.

así lo confesamos, ¿á qué vienen esos humos, esas pretensiones, esos sentimientos, esas protestas, esos arranques cómicos y ridículos, ya que proceden de un sér que cien años atrás nada era? ¿Qué razón ó qué ocasión tiene la nada para engreirse y ensoberbecerse y tenerse en algo? Ninguna, por cierto. Por ello dice San Pablo: *Si alguno piensa ser algo, engañase, que de suyo nada es* (1).

Qué somos. Pasemos adelante y veamos si podemos hallar siquiera un pretexto para engreirnos, atendiendo al origen de nuestra existencia. No hablemos de nuestro cuerpo, manantial de corrupción y podredumbre mientras vive (2), para ser luego pasto de asquerosos gusanos (3). Lo sensible es que se le ame tanto y se le trate con tan refinada delicadeza. Hablemos del alma. Apenas fuimos concebidos, caímos en brazos del pecado original, enemigo formidable que nos sujetaba como con cadenas de hierro á fin de impedirnos la entrada en el cielo, para el cual Dios nos había dado el sér. Así lo dice el Profeta lleno de confusión: *Fuí concebido en iniquidad; mi madre me concibió en pecado* (4). Nacimos con un sello de ignominia impreso en nuestras frentes; y así como los soberbios y los grandes según el mundo, deducen la nobleza de su linaje de la de sus progenitores, nosotros debemos nuestra humillación y nuestra desgracia al pecado de nuestros primeros padres (5). El mundo llama infame al nacido de sangre vil, y todos le miran con desprecio; y ¿por ventura no somos nosotros descendientes del primer criminal que conoció la tierra?, ¿no somos hijos del primer traidor que condenó á muerte eterna á todo el linaje humano?... Y ¿habrá todavía entre los mortales, entre los descendientes de ese

(1) Galat., VI, 3; Génes., III, 29; Génes., XVIII, 27; Psal. CII, 14; Eccli., X, 9.

(2) Job, XIII, 28; Job, XVII, 14.

(3) Job, XXV, 6.

(4) Psal. L, 7.

(5) Rom., V, 12.

padre prevaricador quien se gloríe con la posesión de tales títulos y pergaminos? ¿Habrá todavía quien se atreva á alzar los ojos para mirar con desdén á su semejante?... Demos gracias infinitas á Jesucristo que, con la ablución de su preciosísima sangre en el Bautismo (1), lavó la mancha ignominiosa del pecado original y nos admitió á la parte en la herencia de los cielos (2). *A Él solo pertenece la honra y la gloria* (3); á nosotros la humillación, el desprecio, la confusión y la ignominia (4).

Demos otro paso y añadamos al pecado original en que fuimos concebidos, los pecados voluntarios que hemos cometido, y pensemos que, por haber pecado, hemos llegado á ser menos que nada, porque no hay entendimiento criado que pueda comprender ni aun concebir lo abyecto y vil que es el pecador á los ojos de Dios; de modo que vale más, infinitamente más no existir, que haber pecado; así lo dijo Jesucristo de Judas, porque lo había de vender: *Más le valiera no haber nacido* (5). ¡Pecados!, esto es lo único que podemos llamar nuestro. Y ¿no os parece justo que sea deshonrado y despreciado quien deshonró y despreció á Dios? ¿No os parece equitativo que sea tenido en poco quien tuvo en poco á Dios? ¿No os parece que la voluntad que se atrevió á ofender á su Criador, merece que en adelante jamás se haga cosa que ella pretenda y quiera, en castigo de su grande atrevimiento?... Y hay en esto otra cosa particular, que aunque por la bondad del Señor no tengamos conciencia de pecado mortal y debamos presumir que los cometidos en la vida pasada nos han sido perdonados merced á las dolorosas confesiones y penitencias que hemos hecho; pero no sabemos con certeza absolu-

(1) Tit., III, 5; Coloss., I, 20;

Coloss., II, 12-13.

(2) Psal. XV, 5; Rom., VIII, 17.

(3) I. Paral., XXIX, 11; I. Timoth.,

I, 17; Rom., XVI, 27; Ephes., III, 21.

(4) Dan., IX, 7.

(5) Matth., XXVI, 24; Marc., XIV, 21.